

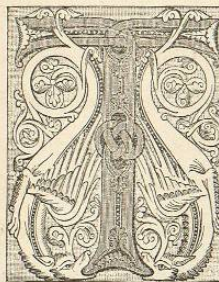


## II

### EL AÑO DULCE

Las Bodas de Caná, la Pesca milagrosa.—Nicodemus, la Samaritana.—Enfermos curados, Tempestad apaciguada, Demonios vencidos.—La Hemorroisa; la Hija de Jairo.—El Paralítico de la Piscina, la Magdalena

#### LAS BODAS DE CANÁ, LA PESCA MILAGROSA



RES días después de la promesa hecha á Nathanael principia Jesús su vida admirable de enseñanza pública, cuya fecundidad y virtud serán siempre inexplicables é incomprensibles para aquellos que no reconozcan en Él la divinidad.

Inicial de un Flavió Josefo del siglo XII.  
Biblioteca de M. Ambr. Firmin-Didot.

La primera y edificante escena tuvo lugar en Caná, pequeña villa de Galilea, en una casa en que á la sazón se estaban celebrando las ceremonias de una boda. Se encontraba también allí la Santísima Virgen, como pariente que era de los casados, y es opinión muy probable que ella pre-



sidía también el festín. Del mismo modo se halla también presente Jesús, que había asistido acompañado de sus primeros discípulos, y, movido por una súplica de María, hizo un memorable milagro, cuya profunda significación expondremos después, así como también la enseñanza que encierra su presencia y asistencia á las bodas. Jesucristo, habiendo venido para regenerar al hombre, todo lo que dijo é hizo lo ordenaba y dirigía á tan alto fin, y por eso, así como entró en las aguas de penitencia para santificarlas, porque ellas habían de ser la materia del sacramento de la regeneración espiritual, así también Él pasa por esta función de las bodas y la glorifica por medio de un milagro, á fin de honrar y santificar el matrimonio para siempre, porque era el sacramento que tenía por fin el purificar las fuentes mismas de la vida.

El matrimonio era en aquel tiempo, aún entre los mismos judíos, el más despreciable y ménos respetado de los contratos; y en confirmación de eso, nos enseña el historiador Josefo que él se había divorciado tres veces, á pesar de estar reputado como un hombre grave. La sociedad romana estaba enferma y destruída por causa del divorcio y del celibato inmoral y escandaloso. Augusto quería poner remedio á mal tan grande: recomendaba, al efecto, á su Senado que hiciera leyes y á sus poetas que compusieran versos; pero la ley que obligaba al matrimonio había sido promulgada y llevaba el nombre de dos cónsules célibes, y no había un hombre más partidario y defensor

del celibato que Horacio, y era el poeta que componía mejores versos contra él. Casi la misma dificultad encontraba el emperador para hallar una jóven que aceptase el género de vida pura de una vestal, una matrona que no se divorciase y un rico que quisiera casarse. Estaba reservado á Jesucristo el conceder al matrimonio la doble dignidad de sacramento y de indisolubilidad; y le autoriza y ampara con su real presencia contra los enemigos que quisieran que el matrimonio volviese al estado de envilecimiento y abyección en que antiguamente se encontraba; y para que, con esa garantía que le da la divina autoridad, al ménos entre los fieles, pudiese siempre prevalecer y triunfar la unidad é indisolubilidad contra todas las tiránicas tempestades que contra él pudieran suscitarse y contra toda corrupción de doctrinas, costumbres ó leyes. De ese modo principia á fundar y establecer el matrimonio, ó, por mejor decir, la familia cristiana; y habiendo puesto ya en la base su recuerdo y su intervención, una sola palabra suya será bastante para acabar y perfeccionar esa grandiosa institución.

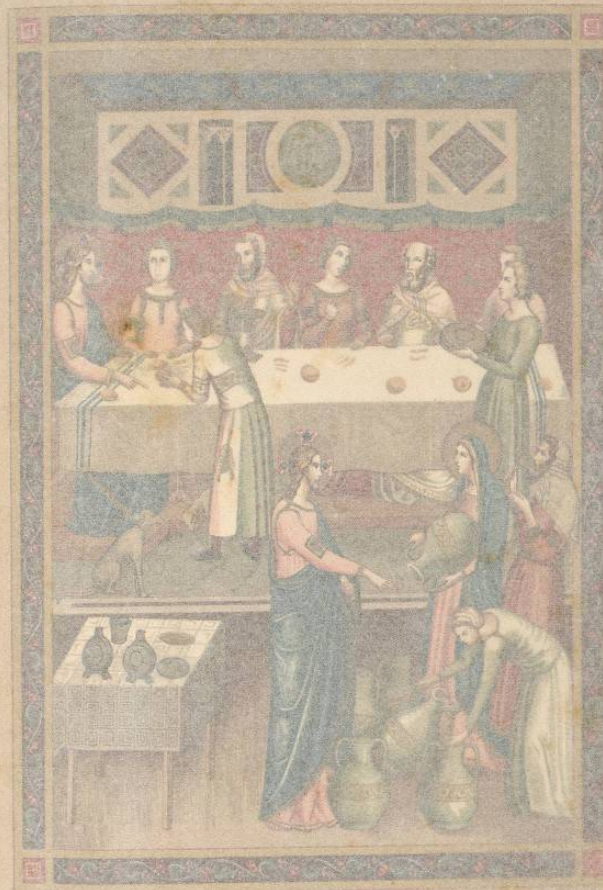
Debe tenerse presente una vez para siempre que muchas de las acciones y de las palabras de Jesús no pudieron ser comprendidas inmediatamente, ni aún por sus mismos discípulos y por los Apóstoles, porque fueron dichas y se hicieron para las generaciones futuras, para nosotros, que debíamos conocer y saber su significación en el transcurso de los tiempos por la interpretación que de ellas nos haga la Iglesia Católica con su au-



toridad y magisterio docente, ó por los abundantes y saludables frutos que ellas han producido, mientras que los discípulos y Apóstoles de Jesús tenían á su favor los milagros y la asistencia del Espíritu Santo. Así, pues, la Iglesia y los frutos del Evangelio son un milagro perpetuo que llena de alegría nuestros corazones y nuestro espíritu, y que causará el mismo regocijo en toda la familia cristiana hasta el fin de los siglos. Caía el maná del cielo, y, aunque era el mismo todos los días, sin embargo, parecía diferente, según el gusto de los que le comían; del mismo modo la doctrina católica da y enseña sus verdades, que, siendo en sí siempre las mismas, no obstante, parecen siempre nuevas, según las necesidades del mundo y el tiempo en que se anuncian y desenvuelven. Las luces anteriores de la verdad permanecen en el tesoro de la fe, y los nuevos resplandores presentan las respuestas dadas ya con anticipación á objeciones que, si bien todavía no se han hecho, pueden, sin embargo, suscitarse y han sido previstas por el Espíritu Santo; y de ese modo, el Evangelio, en que todas las profecías del Antiguo Testamento se cumplen y se realizan, es á la vez en sí mismo una profecía permanente.

El milagro de Caná fué uno de esos actos proféticos por los cuales Jesucristo, al darse á conocer en público, quiso además predecir la fundación de su Iglesia.

En el festín que se celebraba llegó á faltar vino, y María, cediendo á un movimiento natural de su bondad, y quizá movi-



LAS BODAS DE CANA

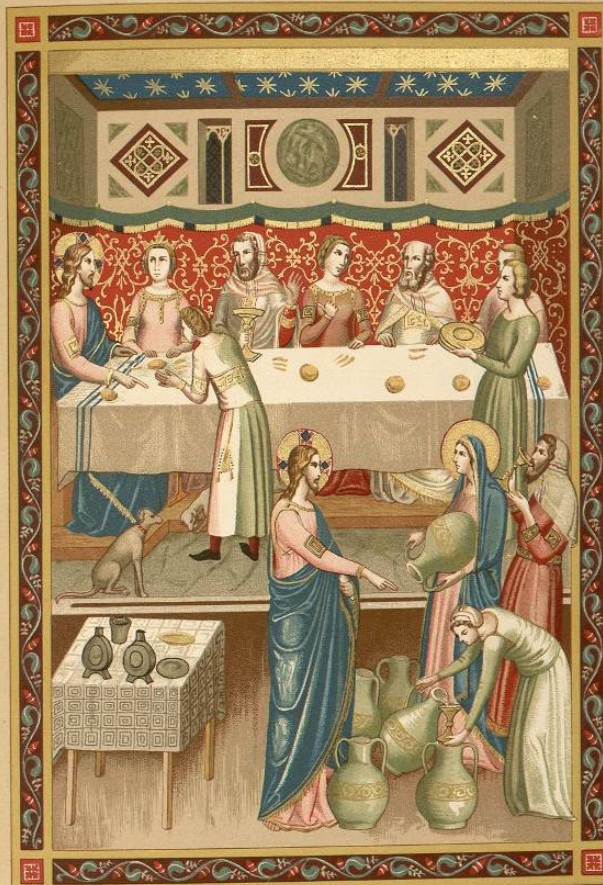
« Como Nuestro Señor hizo del agua vino en las bodas que se hicieron en Caná (Galilea), así como lo dice San Juan en su Evangelio. » Tomado de un manuscrito del Siglo XIV.



toridad y magisterio docente, ó por los abundantes y saludables frutos que ellas han producido, mientras que los discípulos y Apóstoles de Jesús tenían á su favor los milagros y la asistencia del Espíritu Santo. Así, pues, la Iglesia y los frutos del Evangelio son un milagro perpetuo que llena de alegría nuestros corazones y nuestro espíritu, y que causará el mismo regocijo en toda la familia cristiana hasta el fin de los siglos. Caía el maná del cielo, y, aunque era el mismo todos los días, sin embargo, parecía diferente, según el gusto de los que le comían; del mismo modo la doctrina católica da y enseña sus verdades, que, siendo en sí siempre las mismas, no obstante, parecen siempre nuevas, según las necesidades del mundo y el tiempo en que se anuncian y desenvuelven. Las luces anteriores de la verdad permanecen en el tesoro de la fe, y los nuevos resplandores presentan las respuestas dadas ya con anticipación á objeciones que, si bien todavía no se han hecho, pueden, sin embargo, suscitarse y han sido previstas por el Espíritu Santo; y de ese modo, el Evangelio, en que todas las profecías del Antiguo Testamento se cumplen y se realizan, es á la vez en sí mismo una profecía permanente.

El milagro de Caná fué uno de esos actos proféticos por los cuales Jesucristo, al darse á conocer en público, quiso además predecir la fundación de su Iglesia.

En el festín que se celebraba llegó á faltar vino, y María, movida á un movimiento natural de su bondad, y quizá movi-



Pralen, lith.

Imp. F. Didot Paris.

## LAS BODAS DE CANA

• Como Nuestro Señor hizo del agua vino en las bodas que se hicieron en Caná (Galilea), así como lo dice San Juan en su Evangelio. • Tomado de miniatura en un manuscrito del Siglo XIV.



da de divino impulso, se volvió á Jesús y le dirigió estas palabras, que envuelven una misteriosa plegaria : «*Ellos no tienen vino,*» dijo María. Jesús pareció rechazar lo que su Madre intentaba pedirle, y la dijo : «*Mujer, ¿qué nos va á ti y á mí en ese asunto? Mi hora todavía no es llegada.*» Sin embargo, María dijo á los sirvientes : «*Haced todo lo que Él os diga.*»

Había allí seis ánforas de piedra que servían para las purificaciones, y Jesús mandó á los sirvientes que las llenasen de agua; y luégo que lo hicieron así, les mandó beber. Fué grande la admiración que causó, tanto á ellos como á todos los convidados, el ver que las seis ánforas estaban llenas de vino, de un gusto excelente. El Evangelista San Juan, que fué testigo ocular de este suceso, añade sobre el particular : «*De esta manera luzo Jesús en Caná de Galilea el primero de sus milagros, y sus discípulos creyeron en Él.*»

El aumento de la fe en los discípulos era la razón inmediata del milagro, y no hay duda que fué razón suficiente, puesto que de su fe dependía su salvación y la nuestra. Pero Jesucristo no hace nada que se limite á una sola circunstancia, y aún en ese suceso, de que se acaba de hacer mención, no hay nada que no contenga un gran misterio y una elocuente enseñanza. Su respuesta á la Virgen Santísima era una declaración de su divinidad, y era muy oportuna con relación á su vida pública.

Al decirle María que los convidados no tenían vino, le pedía que hiciera un milagro; y como, bajo ese concepto, se diri-



gía á la naturaleza divina, la misma naturaleza divina fué la que la respondió: «*Mujer, ¿qué nos va á ti y á mí en ese asunto?*» Porque, si bien es cierto que María es la madre del Hombre-Dios, y, por razón de la unión hipostática de las dos naturalezas subsistentes en una sola persona divina, sea también la madre de Dios, sin embargo, ella no era la madre de la divinidad, y, por lo tanto, nada había de común entre ella y el Dios cuya hora todavía no había llegado. Muchos, por falta de reflexión, se admiran de lo que ellos llaman dureza del lenguaje, y no consideran que Jesús, más bien que hacer vanas caricias á su madre, tenía la misión de derramar abundantes luces en el mundo, además de que nadie puede persuadirse que en los términos que Él expresó su pensamiento soberano hubiese falta de dulzura y de respeto.

María no muestra ninguna admiración ni inquietud porque su súplica no fuese escuchada; antes bien, ella advierte á los sirvientes que hagan todo lo que Jesús les diga, en lo que se revela que no la era desconocida la eficacia de su petición. En efecto, Jesús accede desde luego á ella haciendo el milagro que deseaba; y así, por sí mismo, hace anticipadamente el comentario, en ese primer acto público de su misión, de aquella profunda palabra que Él había de pronunciar desde lo alto de la cruz, cuando la misma misión tocase á su término: «*Hombre, hé ahí tu Madre;*» hé ahí aquella que incesantemente me suplicará en tu favor, y á quien yo siempre obedeceré hasta el punto de

cambiar el orden de la naturaleza y el curso de las cosas.

Por un cambio completo y sustancial, el agua se convierte en vino exquisito, y este milagro es el efecto de la simple voluntad de Dios y de su palabra interior no articulada. La palabra del hombre es solamente significativa, mientras que la de Dios obra al mismo tiempo que ella significa y crea lo que ella dice. La tierra, el cielo y el mar no existían, y con sólo pronunciar Dios una palabra pasan de la nada á la existencia. La misma palabra que ha hecho lo que no existía es eficaz para hacer que lo que existe se conserve, se transforme ó se destruya, y de la misma manera puede hacer que pase por un cambio sustancial. Interviniendo la voluntad de Dios, toda materia, ó cualquiera parte de la misma, puede volver á la nada, y venir á un grado cualquiera de inconsistencia, ó elevarse al grado de cohesión que á ella le plazca darla, y la misma voluntad tiene en suspenso la materia, la penetra, la cambia en sus cualidades, y, en una palabra, Dios hace lo que quiere que ella sea, y ella es lo que Él ordena que sea. Dios acostumbra, según expresión de San Ambrosio, á operar cambio de sustancias cuando quiere demostrar que es autor de la naturaleza: la vara es convertida en serpiente, el ramo seco se cubre de flores, el agua de los ríos se convierte en sangre, las aguas divididas se reúnen formando líquidas murallas, el hierro flota en la superficie de las aguas, el puñado de harina y la gota de aceite no pueden acabarse, y á este tenor la Escritura está llena de semejantes maravillas, para



que conozcamos que todo viene de la mano de Dios y que todo le obedece.

Renovando en Caná este testimonio de su soberanía, obra de una manera instantánea, lo mismo que Él hace, por otra parte, todos los días tan admirablemente, sin que nosotros nos fijemos en ello. Diariamente el agua del cielo, destilada en las entrañas de la tierra, absorbida por la raíz de la viña y destilada por segunda vez en este alambique á la acción de los rayos del sol, viene á formar el racimo. La transmutación instantánea no es, por lo tanto, ni más difícil, ni más misteriosa que la otra que lentamente se efectúa, pues Aquel que de nada ha creado las sustancias y los instrumentos por medio de los cuales se transforman, puede muy bien transformarlas sin emplear medio alguno.

Este cambio que Jesús hace en la naturaleza del agua es también la profecía y la figura del que Él acaba de ejecutar en la naturaleza humana. Las seis vasijas destinadas á las purificaciones son los seis períodos en que se divide el tiempo que ha precedido á la venida del Mesías: de Adán á Noé, de Noé á Abraham, de Abraham á Moisés, de Moisés á David, de David á la cautividad, y desde la cautividad á Jesucristo. En estos seis períodos está contenida la revelación del futuro Mesías, representada por el agua, según lenguaje de la Escritura; y sin esta revelación necesaria para la purificación de los judíos, los tiempos anteriores hubieran sido estériles y vacíos de toda signi-

ficación. Jesucristo, aunque oculto, estaba, pues, contenido en ella, como de alguna manera lo está el vino en el agua, sin que se pueda descubrirlo. Por mandato de Jesús, las seis ánforas fueron llenas hasta sus bordes, porque las profecías han tenido en Él su cumplimiento; y así el cambio del agua en vino representa todos los misterios de la Redención que fueron anunciados por los Profetas, y Jesucristo ha sido su realización.

Los judíos tuvieron esta agua, y para ellos no era más que agua, simple instrumento de purificación material, incompleta ó enteramente inútil, semejante á las repetidas abluciones de los fariseos. Ellos lavaban sus manos y hacían obras estériles ó impuras; ellos bebían, y sus corazones no recibían ni calor, ni fuerza, ni alegría. Los libros de los Profetas, dice San Agustín, son insípidos y fastidiosos cuando no se les entiende; pero para entenderles es necesario ver en ellos á Jesucristo; y por lo mismo que los judíos no le vieron en las Escrituras, leían éstas sin comprenderlas y no las interpretaban más que para desfigurarlas. Cuando Jesucristo se nos aparece y descubre en ellas, nuestra alma no puede menos de quedar embriagada de su amor. Así, nosotros comprendemos la misericordia del corazón de María cuando ella dijo á su Hijo: «*No tienen vino,*» porque vale tanto como decir: Señor, les falta fuerza, no tienen alegría, están sin luz; tened piedad de ellos, anticipad vuestro día y dadles el vino de la verdad.

Jesús, convirtiendo el agua en vino luégo que oyó esta sú-



plica, promete que va á cambiar el sentido literal por el espiritual, la letra que mata por el espíritu que vivifica, la figura por la realidad. Convertirá el agua en vino cuando Él explique á sus discípulos la verdadera inteligencia de la Escritura, llenándoles de Dios con lo mismo que antes se quedaban fríos é indiferentes. Bebed ahora, les dirá, pues este vino milagroso obrará otra transmutación, otro milagro : por virtud de él, los impuros se harán castos, los orgullosos dulces y humildes, y los que tiemblan de miedo delante del mundo se llenarán de valor para confesar á Dios. El vino de Caná no es todavía más que una figura, y aún sucederá otra maravilla más grandiosa. Corramos este último velo y veremos aparecer el misterio de los misterios, cual es el de la Eucaristía. El primer acto de la vida pública de Jesús es, por lo tanto, la profecía de lo que constituye el mismo objeto de su divina misión; y así prepara la fe en aquel sacramento del cual ha de ser Él la corona, el término y el milagro incomprendible é inmortal. Él quiso de esa manera, dice un Padre de la Iglesia, darnos una prueba anticipada del poder en virtud del cual más tarde, en la institución de la Eucaristía, había de convertir el vino en sangre, porque, en efecto, el vino consagrado es verdadera sangre, como también fué vino verdadero el agua convertida por el milagro de Caná.

El vino de este cáliz produce vírgenes, porque su virtud, extinguiendo toda concupiscencia terrestre, enciende en las almas el ardor inmortal del soberano amor; y aunque de este vino

no fuese el de Caná más que una figura, no dejó Jesucristo de vincular en él algunas gracias, pues no solamente creyeron en Jesús todos los que bebieron, sino que, según una tradición, también le siguieron otros muchos aún sin beber de él. El esposo de la boda fué después el Apóstol San Simón y la esposa permaneció siempre cerca de la Virgen Santísima, porque la presencia de Jesús y de su Madre en las bodas había glorificado y santificado el afecto en que se habían unido, y la gracia de la castidad virginal fué la recompensa de estos puros corazones. Ellos se amaron con el amor más santo, que, después de sacrificar todo á Dios, recibe de Él en recompensa una alegría eterna y sagrada.

Tales fueron las obras de este memorable día de Caná, el primero de la manifestación del Señor, y ellas expresan lo que Jesucristo había venido á cumplir en este mundo : la fe de sus discípulos, el principio de la Iglesia, la intervención de María, la comunión de los santos; el mejor vino al fin de la comida, la doctrina perfecta para la última edad del mundo, inaugurada en aquel momento; el agua convertida en vino, la Ley transformada en Evangelio, la figura en realidad, la letra en espíritu y el terror en amor. Todo eso tuvo lugar en la fiesta de Caná, santificada con la real presencia de Jesús y de su Santísima Madre; y en esa forma resume Bossuet la enseñanza de los Padres de la Iglesia. Por esa exposición se ve claramente que Jesús gusta de estar oculto aún en el Evangelio á los que pretenden encon-